

Patricia Carreño

Hoy ha sido el día más horrible de toda mi vida, pienso mientras vuelvo a casa. Está lloviendo a cántaros, me he clavado una astilla y he suspendido un examen de Lengua por faltas.

Además hay huelga de Metro, por lo que tengo que volver andando a mi casa y sin paraguas. ¿Algo más que ofrecerme, mundo? Al llegar al cruce se pone el semáforo en rojo, así que mientras espero voy regodeándome en mi desgracia. Al llegar a mi plaza veo una hilera de niños bajo el soportal de mi casa resguardándose de la lluvia. Algunos son altos, otros gordos o delgados, pero todos tienen una cosa en común: van calados hasta las cejas y llevan una gran sonrisa en la cara.

Una de ellas me llama la atención, tiene unos ojos achinados azules, la cara llena de pecas y el pelo rizado y decorado con un gran lazo azul. Pero lo que más me inquieta es lo familiar que me resulta, su sonrisa es tan grande que los ojos parece que van a desaparecer; tiene una *paleta* rota.

Recuerdo que yo me rompí un diente hace mucho jugando en esta plaza. Mientras camino miro a la niña a los ojos y esta me devuelve la mirada. Me hace gracia, ya que es la niña más expresiva que haya visto, y al mirarme un velo de lástima cubre sus ojos; será por la cara que llevo.

Con la sensación en el cuerpo de que conozco a esa niña saco las llaves para abrir mi portal, pero de pronto adquieren la consistencia de un pez y se me resbalan de entre las manos para ir a caer a la alcantarilla.

A mí se me cae una lágrima, ya no aguanto más, y a la niña de los ojos azules se le escapa una carcajada. Lo que me faltaba, niñatos impertinentes, pero qué familiar es esa risa, por Dios.

Le pregunto con la mejor cara de desdén que sé poner: ¿Y tú, de qué te ríes? A modo de respuesta me dice: mírate, aunque me paso el día riéndome, mi padre me llama ‘el bebé rijotas’, aunque ya tengo casi siete años. Es que soy de diciembre ¿sabes? Yo también soy de diciembre, le digo, aunque lo que estoy pensando es que a mí mi padre también me puso ese mote.

¿Quién será era niña? Me recuerda a mí de pequeña, pero eso es imposible, me debo estar volviendo loca.

¿Y a ti qué te pasa? Me pregunta ella. ¿Te han castigado tus padres?, interviene una amiga suya.

Les digo que ha sido un mal día, y aquella niña me responde: yo, cuando sea mayor intentaré sonreír siempre, aunque no haya muchas razones. Una vez Papá Noel no me pudo traer una muñeca que cantaba y me trajo una normal. Como mis padres están muy tristes y no quería que se enfadaran con Papá Noel y no volviera a venir, sonreí y jugué con ella toda la tarde y ellos al final sonrieron. Y cómo no, yo también sonreí. Aquella niña se fue habiéndome dado una lección de vida.

Resulta irónico, pero a veces la sonrisa de un niño tiene un poder más grande que unas simples palabras que tú le puedas decir. Siempre pienso que era niña era yo de pequeña, pero como no quiero pensar que estoy loca y esa es la única explicación, simplemente sonreiré.